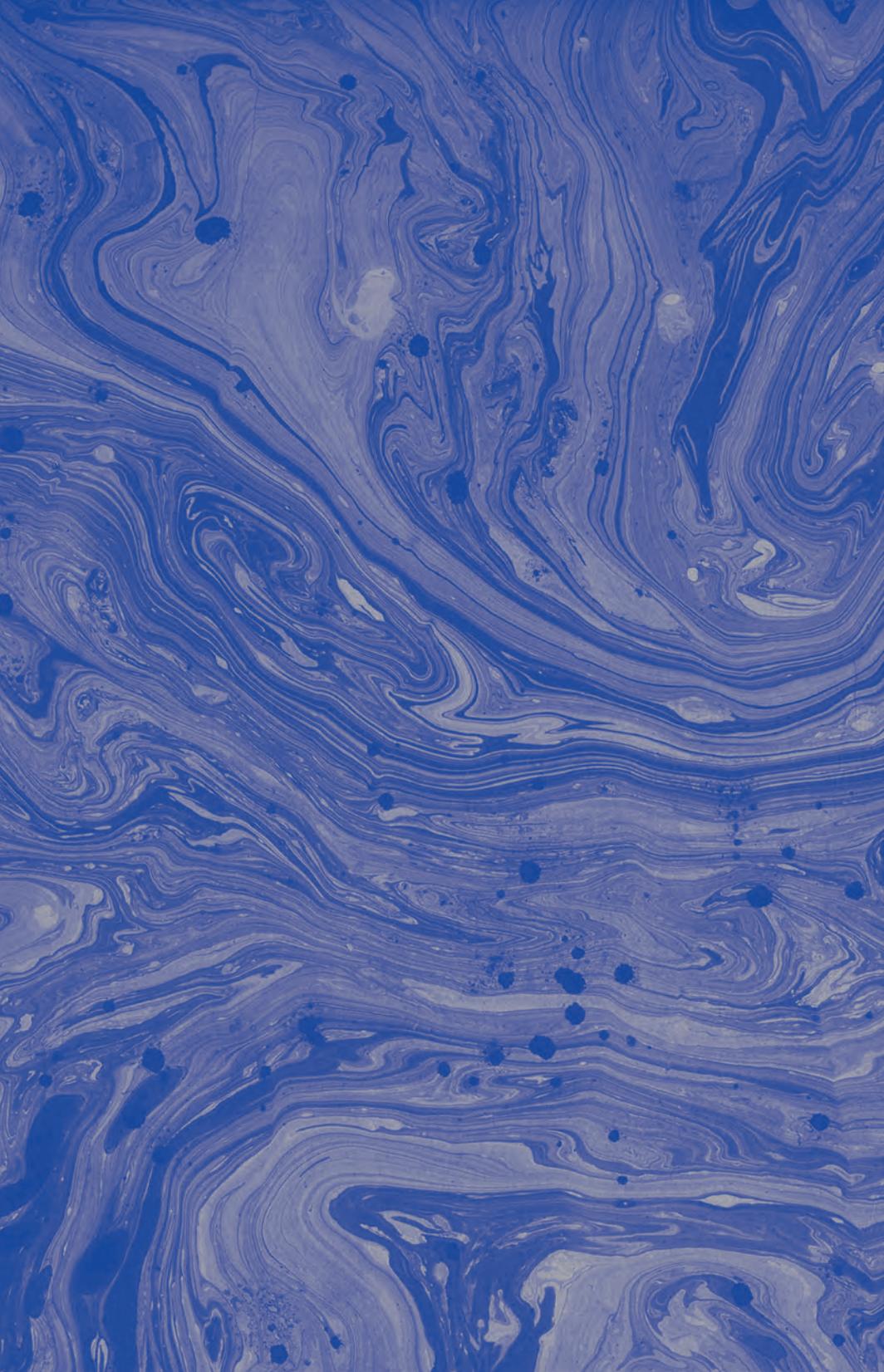


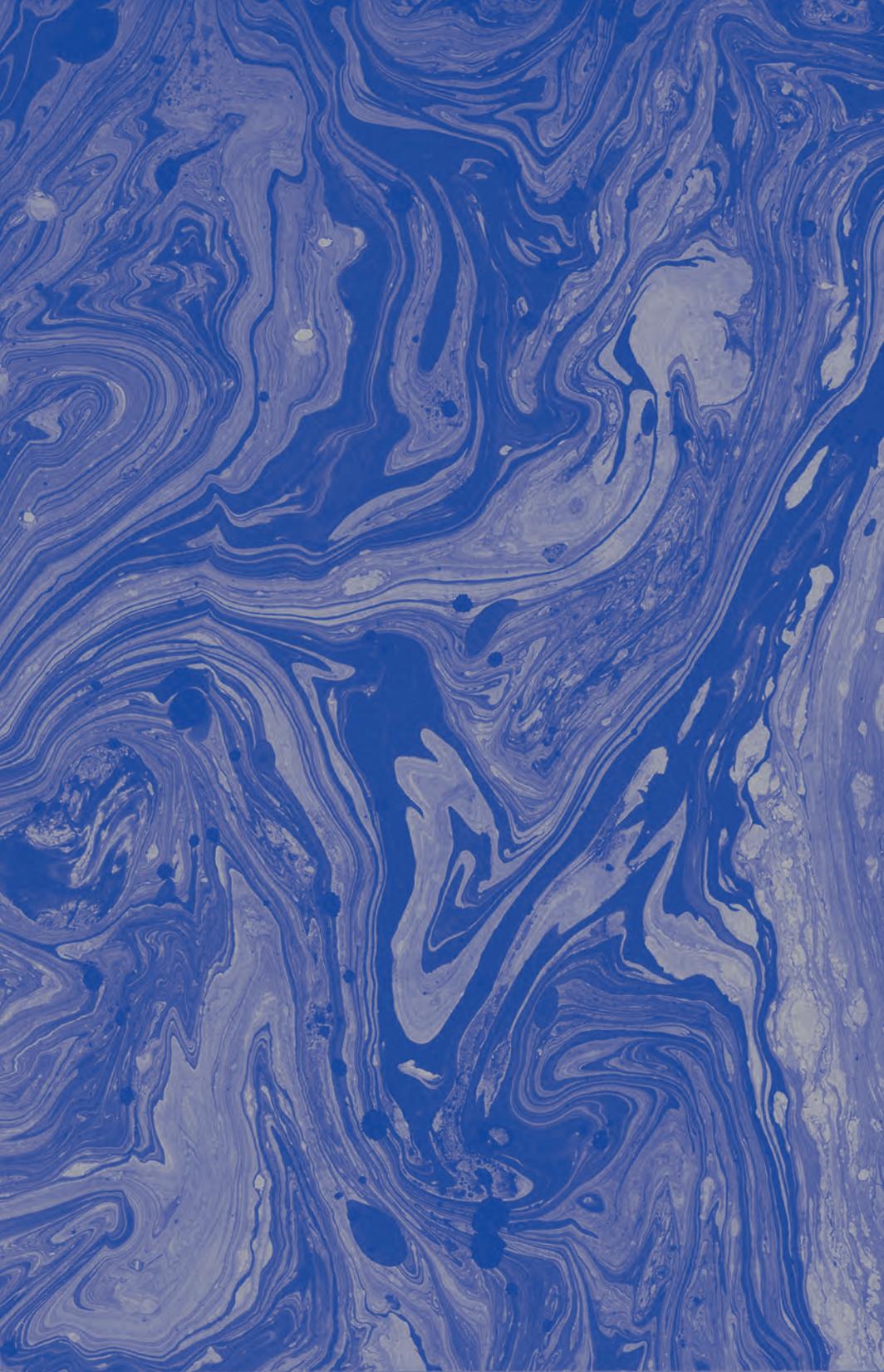
JUAN ARNAU

LA INVENCION DE LA LIBERTAD



ATALANTA







MEMORIA MUNDI

ATALANTA

I O I



JUAN ARNAU
LA INVENCIÓN DE LA LIBERTAD



ATALANTA

2016

En cubierta: Ilustración de Quint Buchholz.
BuchBilderBuch, 1997.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© Juan Arnau

© de la ilustración, Quint Buchholz, 1997

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-943770-7-5

Depósito legal: Gi.-222-2016

ÍNDICE

Prólogo

13

William James
La aventura de creer

23

Henri Bergson
La emoción creadora

91

Alfred North Whitehead
Un universo de percepción

193

Epílogo

261

Bibliografía

267

Índice analítico y onomástico

273

La invención de la libertad

El hombre ya no sólo da leyes a la naturaleza, sino que las asimila. Es ella la que se mantiene firme y él quien tiene que acomodarse. Es él quien tiene que registrar la verdad, por inhumana que sea, y someterse a ella. La visión es materialista y deprimente: nada que ver con la valentía y la espontaneidad románticas. Los ideales se convierten en productos inertes de la fisiología; lo elevado es explicado por lo inferior.

William James

No engañan los sentidos, engaña el entendimiento.

Johann W. Goethe

Se vive en el paisaje y se vive el paisaje. Se sirve al paisaje y también se lo hace servir. El organismo puede rendirse al medio, pero también hacerlo rendir, modificarlo, hacerse un lugar. Se tergiversa la genuina evolución al ignorar esa posibilidad. Y esta otra: que la comunión con el ideal proporciona nuevas fuerzas al medio.

James de Kilkenny

Se habla de una racionalidad, pero hay tantas racionalidades como ciencias.

Henryk Skolimowski

Prólogo

La invención de la libertad

El mundo es una invención de la libertad. Eso mantuvieron, cada uno a su manera, los protagonistas de este volumen. La libertad es un hecho, quizá el más fundamental, y el hombre está lejos de ser una marioneta biológica como sostienen las corrientes dominantes de la ciencia contemporánea. También sostuvieron que no hay tal cosa como las leyes de la naturaleza y que los organismos pueden dictar nuevos hábitos a los hábitos del mundo. Este libro es un homenaje a aquellos que, en el siglo de la física y del materialismo mecanicista, defendieron que la filosofía no debía someterse a la ciencia y que la causalidad no se limitaba a la influencia física entre entidades materiales. Que el universo carezca de leyes universales no significa necesariamente que sea caótico o azaroso. Los hábitos, gracias a los cuales es posible el conocimiento, funcionan localmente y, como tales, pueden cambiar y evolucionar. Se abre ante nosotros un panorama bien distinto. El de un universo vivo y creativo, cuyo destino no está escrito sino que se en-

cuenta regulado por la vida consciente y el ejercicio de la libertad.

La idea del universo como organismo es al menos tan antigua como Platón. En el *Timeo* se dice que el universo es un ser viviente con alma e inteligencia, una idea que también se puede rastrear en algunas tradiciones de la India y que fue especialmente fecunda en el Renacimiento europeo. No deja de resultar curioso que fueran dos matemáticos tan competentes como Berkeley y Whitehead quienes la recuperasen para la modernidad. Desde esta perspectiva, la evolución cósmica discurre en paralelo a la evolución espiritual de los seres. Espacio y tiempo se conciben como una fermentación de la vida que percibe y siente. El espacio no se distribuye ya mediante fuerzas concéntricas e impersonales como la gravedad, sino mediante las excentricidades de la vida consciente. Episodios mentales que abren caminos en el espacio y dibujan la curvatura del tiempo.

Esta filosofía ofrece además una perspectiva comprometida con la vida. Sostiene, muy científicamente, que la escala de observación crea el fenómeno, y el fenómeno que interesa aquí es la vida. Mi aproximación a estos pensadores no pretende crear una nueva jerga filosófica, y la intención del libro es periférica respecto a los grandes sistemas de pensamiento (Whitehead elaboró uno, pero no me detengo demasiado en él). En general desconfío de la minucia teórica, las abstracciones y el academicismo: dos de los tres pensadores aquí reunidos carecieron de instrucción filosófica formal; les interesaba fundamentalmente el tema de la libertad y, más en concreto, el asunto vital de por qué estamos, por expresarlo de un modo irónico, sometidos a la libertad.

La filosofía de la libertad descrea de gran parte de la me-

tafísica científica acerca de la condición humana y la naturaleza de la conciencia (un epifenómeno del cerebro), pero no reniega de la ciencia. Al contrario, bebe constantemente de ella, aunque no de la corriente ancha y ruidosa que domina el paisaje del conocimiento, sino de otra más profunda y silenciosa, orillada, ya antigua y que en la modernidad viene desarrollándose, más o menos, desde que Berkeley formuló su filosofía. Le interesa especialmente la atención (en ese sentido es muy budista) y cree con Whitehead que el mundo está constituido más por percepciones que por cosas. De hecho, se trata de una filosofía de la percepción. Percepción y libertad se implican una a otra de un modo profundo. Así pues, esta filosofía no pretende explicar la percepción sirviéndose de aquellos elementos que la hacen posible, como tampoco se interesa en buscar la realidad detrás del escenario, sino que prefiere poner en juego la percepción, ejercerla, recrearse en ella. Un enfoque que desconfía de los discursos que recurren a un revés de la trama, que explican los fenómenos de una escala mediante los de otra (el esfuerzo mediante el sudor, el dolor mediante las lágrimas, el tiempo mediante el reloj). Detrás de cada trama hay otra, y hurgar sucesivamente en ellas no garantiza un fondo ni un sentido. La actitud analítica es, la mayoría de las veces, una forma de escurrir el bulto, de desentenderse de la vida. Lo cual no es sólo un disparate sino también una irresponsabilidad. La vida va en serio.

Empatía, creatividad y atención: éstos son los tres ejes de la propuesta que plantea este libro. El siglo xx europeo se entretuvo demasiado con las filosofías del lamento (existencialistas) y las filosofías del lenguaje (analíticas). Es hora ya de acometer una filosofía de la percepción, una filosofía que aborde la cuestión de la sensibilidad, no

desviando la atención hacia sus causas, o hacia el análisis de los órganos que la hacen posible, sino centrándose en el modo de ejercerla, de vivir sumergidos en ella. Berkeley sostenía que ser es percibir y que el mundo está hecho de impresiones. La luz, los sonidos y el tacto devienen, como decía Goethe, apariencias verdaderas. Las sensaciones no son duplicados interiores de las cosas, son las cosas mismas. Sujeto y objeto se confunden, ya no hay un yo frente al mundo, lo que hay es una participación mutua del mundo y del yo, una inmersión en el agua clara (o turbia) de la sensibilidad.

La vida se dirime entre lo que vemos y lo que recordamos, en el balance, o mejor, en la tensión, entre percepción y memoria. En lo que vemos ahora está lo que vimos: la memoria configura la presencia. Y la presencia convoca aquello que vimos: da juego al recuerdo. Ése es el tinglado en el que nos movemos, en ese doble juego se dirimen nuestras actuaciones. ¿Qué valor tendría una filosofía si no afectara a la conducta? Poco importa que el arcoíris sólo exista en el fondo de la retina. La vida se decide en ciertas franjas de la percepción. Poco importa que los laboratorios logren ampliarlas: las cámaras de burbujas o los telescopios nos ofrecerán siempre imágenes, otras imágenes, incongruentes con las cotidianas, que revelarán que detrás del escenario hay otro escenario, con sus propios bastidores, y así sucesivamente. Hilos sobre hilos: una visión vertiginosa. Evitar la retórica de lo elemental, el espejismo de la simplicidad (explicar lo complejo mediante la adición de factores simples, la flor mediante la estadística molecular), es uno de los propósitos de estas páginas. Vivimos a escala humana y otros hilos invisibles nos mueven: aquello que vimos y recordamos y aquello que vimos y no recordamos, tejidos

antiguos que configuran brumosos deseos. En ese escenario, la actividad científica dominante propone modelos de descripción de la experiencia sensible mediante la influencia del mundo exterior. Priman las descripciones mecánicas y los modelos que permiten la previsión y la anticipación (la obsesión por el control es una prioridad científica). Modelos a posteriori que arrojen luz a priori. De ahí que algunos vean en el positivismo una actitud mojjigata, una beatitud que hace escrúpulo de todo, que duda y recela. Una asepsia vital.

Son las impresiones de lo vivo y consciente las que gobiernan la sucesión de las leyes. ¿Qué sentido tendría una ley impersonal? ¿Acaso las leyes no tienen su propio itinerario histórico, su propia vida? ¿Es la ley subsidiaria de la percepción, o bien es a la inversa? Al crear la ley dejamos que la percepción se someta a ella, olvidando nuestra responsabilidad. No es fácil resistirse a la cosmovisión analítica ni a los prodigios de laboratorio. Ésa es la gran tentación de nuestro tiempo. Si algo nos enseña el pragmatismo es que la ley es una creación de la imaginación humana, un dedo apuntando a una relación, un «¡mira!», no una cadena que limita nuestros movimientos. Ése es el hiato entre el positivista y el filósofo de la libertad: su consideración de la teoría. Para el primero es la disección de una materia muerta; para el segundo, un alimento nutritivo, un aire que respirar. Las teorías no resuelven problemas, simplemente los sustituyen por otros. Donde el positivista ve ataduras y limitaciones, hay de hecho paisajes y horizontes. Ventanas para ver y para recordar. La solución al enigma de la vida no es simbólica, nunca podrá ser una frase o una ecuación.

La filosofía de la libertad desconfía de las abstracciones y promueve el amor a lo particular, que es el ámbito

singular en el que ocurre la vida. William James dejó escrito en una de sus últimas conferencias que los hechos se concatenan de múltiples maneras (las manías del espacio y el tiempo), pero que no hay una unidad que los incluya a todos. Una apuesta firme por el pluralismo (siempre existe la posibilidad de la autodeterminación o de permanecer al margen) que no desdeña la inspiración que suscita el monismo. Una manera de decir que todos los dioses son locales, que todos tienen sus hábitos y sus manías, y que todos pueden crecer.

El teatro de la certeza

Para las corrientes dominantes del pensamiento, tanto en las neurociencias como en la filosofía de la mente, los seres humanos somos zombis: nos comportamos de manera automática, guiados por impulsos eléctricos, reacciones químicas e interacciones sinápticas. No hay ningún fantasma en la máquina, somos autómatas constituidos por todas esas conexiones y procesos tangibles y mensurables. Y no hay nada más. Por otra parte, ese concierto electroquímico y neuronal no depende de nosotros (agota lo que somos) y nuestra influencia sobre él resulta insignificante, sólo algunos ajustes pueden modificarlo. De este modo se crea la ilusión de la conciencia y, con ella, la de las emociones, los sueños y los temores. La conciencia es, según la antropología imperante, un epifenómeno del cerebro. Algo parecido al vapor que desprende el agua hirviendo. Se parece más a un estornudo o a un sudor frío que a la capacidad del espíritu de reconocer aquello que experimenta.

No es difícil advertir en estas propuestas una estra-

tegia de dominación. La ciencia moderna (representada aquí por el paradigma dominante) pretende robarnos la voluntad y, además, que le demos crédito. Pero ¿cómo vamos a hacerlo si carecemos de voluntad? Creer o no creer es ya un acto de la voluntad (y, por supuesto, de muchas otras cosas), pero, desde esa perspectiva, carecemos del libre albedrío necesario para llevar a cabo esa capacidad, tan cálida, tan humana, tan afectiva y necesaria para la vida: creer.

Con frecuencia nos dejamos intimidar por las creencias científicas y olvidamos que el paradigma mecanicista imperante es bastante reciente (básicamente se remonta a Boyle y Newton). Dicho paradigma viene cuestionándose desde los años veinte del siglo pasado y algunas veces se han alzado contra el prolongado intento de explicar la conciencia reduciéndola al comportamiento de células nerviosas, neurotransmisores y sinapsis. La sensibilidad científica (ávida de certezas) y el entusiasmo tecnológico han llevado a afirmar que el cerebro es la causa de la conciencia, describiéndolo como una especie de computadora, y a admitir como corolario que las máquinas pronto llegarán a ser conscientes. Frente al entusiasmo ingenieril por lo tecnológico, algunos humanistas de corte mesiánico, aficionados a lo «oculto», hablan de una conciencia nueva, más amplia y expansiva, cuyo coeficiente emocional y espiritual desplazará definitivamente a esa abstracción tan poco útil para la vida que se llama coeficiente intelectual.

Pero hay otras antropologías para las cuales la conciencia no es algo que pueda tomarse o dejarse, aunque algunos pretendan haberse desembarazado de la insidiosa compañía de ese trasfondo de la existencia. Cualquiera que se haya paseado por las altas mesetas de la filosofía sabe que

la conciencia carece de cualidades primarias, esas que interesan tanto a los animales de laboratorio: tamaño, solidez, extensión. No es grande ni pequeña, carece de peso y de medida, no es lenta ni veloz (aunque pueda experimentarse como tal en los denominados estados alterados de conciencia), así como tampoco parecen afectarle las restricciones del espacio y el tiempo. ¿Cuánto pesa una nostalgia? ¿Cómo medir los miedos y las esperanzas sino comparándolos con otros miedos y otras esperanzas? Cuando uno se plantea seriamente la duración de un anhelo, tiene la sensación de que el tiempo es un derivado del anhelo y no a la inversa. En esa convicción viven aquellos que consideran lo sólido y manipulable como resultado de la imbricación de sensaciones táctiles y visuales, y desde esta perspectiva la conciencia resulta irreductible.

Paradójicamente, la conciencia es lo más íntimo y, a la vez, lo más distante. Lo primero por su evidencia y presencia plenas, lo segundo por ser un trasfondo esquivo, huidizo e inaprensible. No consiente en medidas, ni siquiera en negligencias y olvidos. En ocasiones cambia de forma, por ejemplo cuando dormimos, pero siempre está ahí, ya como una madre desafecta, ya como una compañera fiel. Una de las mejores definiciones de la conciencia que he encontrado proviene del sāmkhya, una antigua filosofía india para la que la conciencia es al unísono origen y presente.

WILLIAM JAMES
La aventura de creer





Memoria mundi

Desde Galileo vivimos en un universo dominado por leyes matemáticas. El viejo tema del determinismo (la ilusión de la libertad) sigue implícito en la cosmovisión moderna. De la mano de William James, Henri Bergson y Alfred North Whitehead, Juan Arnau propone reorientar ese paradigma y asumir un evolucionismo sin concesiones. Sostiene que el universo carece de ese tipo de leyes inmutables, sin que por ello sea azaroso o caótico. Como la vida, tiene hábitos, gracias a los cuales es posible el conocimiento; unos hábitos que funcionan localmente y que pueden cambiar y transformarse. Se descubre así un panorama bien distinto: un universo vivo y creativo (una idea común en la Antigüedad y rescatada por el Renacimiento), cuyo destino no escrito se autorregula por la vida consciente y el ejercicio de la libertad, y en el que los episodios mentales pueden abrir caminos en el espacio y dibujar la curvatura del tiempo. La evolución del cosmos corre por tanto en paralelo a la evolución espiritual de los seres que lo habitan.

Durante el siglo xx la filosofía se entretuvo demasiado con los lamentos existencialistas y el análisis lingüístico. Ha llegado el momento de una filosofía basada en la empatía, la creatividad y la atención, que se comprometa con la vida que percibe y siente. Tal es el propósito de este ensayo esclarecedor.

Juan Arnau es astrofísico y doctor en filosofía sánscrita. Investigador del CSIC y de las universidades de Michigan, Benarés y Barcelona, ha escrito las novelas *El cristal Spinoza* y *El efecto Berkeley* (Pre-Textos), así como una nueva versión de la *Leyenda de Buda* (Alianza) y, entre otros, los ensayos *La palabra frente al vacío*, *Cosmologías de India* (FCE) y *Antropología del budismo* (Kairós). Recientemente se ha encargado de la edición bilingüe del clásico hindú *Bhagavadgītā* (Atalanta). Asimismo es autor de *Manual de filosofía portátil* (Atalanta, 3.ª ed.), Premio de la Crítica Valenciana.

